

Un milagro de concentración

por Santiago Nader

Y, mientras todo vuela en pedazos, mientras le damos nueve o diez horas a obligaciones que no deseamos y que estructuran nuestra rutina, mientras el mundo se vacía de pensamiento y de lenguaje, mientras las redes que construimos se nos destejan a paso firme y aterrador, treinta personas con las vivencias más variopintas se reúnen presencialmente (¡en el siglo XXI!) a compartir su mayor riqueza, que es su obra en estado vivo, y a conocer la del compañero.

Sí: mientras todo vuela en pedazos, nos juntamos cada martes, cada jueves, a escuchar, expandir y acompañar nuestros proyectos de escritura alimentándonos de otros. En el pasado, darle valor a la sola idea de la reunión nos hubiera resultado edulcorada, redundante. Pero ante un cambio de paradigma de este tamaño, pensar con alguien cobra otro peso. Reunirse era la plataforma; el primer paso para algo más. En un presente violento y cruel, en donde todo se ha diseñado para quitarnos la identidad, la mera idea de la reunión es más bien el *quid*.

Se imprime, así, un espacio íntimo, fundado en la generosidad. En poner con el otro en común un mecanismo similar para sobrevivir. Al fin y al cabo, es el deseo de hacer preguntas alrededor de lo que escribimos lo que nos une; es el intento de darle vuelo a esas preguntas y de avanzar hacia la incerteza, una vez más, pero acompañados. Saber que existe cierto lugar donde compartir nuestras escrituras (socializarlas, ponerlas

cerca, lejos de otras, contraponerlas, interpelarlas) se vuelve un lujo que no podemos subestimar.

Nos han forzado a idiotizarnos; volvernos islas. A mantenernos replegaditos. Y consumimos horas y horas de contenidos espeluznantes sin pestañear. Todo está dado para caer en la distracción, la desconexión, la frivolidad. En su contexto, la maestría viró un refugio ante la desidia. Un intervalo donde escribir no fuera imposible; donde escribir no fuera un desierto de soledad y de indefensión.

Es inasible escribir, a veces. Porque escribir es cobrar conciencia (aún si lo hacemos para evadirnos; para poner una suspensión a la realidad). Cuando escribimos, nos guarecemos en una zona de nuestra mente a la que no tiene acceso nadie. Nos enfrentamos al escondite más subjetivo. Para ingresar a esa dimensión, hay que estar despiertos. Es necesario no distraerse. El desafío mayor es ese: poner genuina atención a algo en plena era de aturdimiento; desmalezando entre bombardeos de información para encontrarnos, de forma extática, con una idea, un oasis transitorio de lucidez, una profundidad espontánea que se deje capturar. Un milagro de concentración.

Con la energía fugada en tantas, tantas pestañas; sin tiempo, sin recursos, con la autoestima deteriorada, con mil problemas del cotidiano y con un trabajo enajenado que nos aplasta (sea cual sea el disfraz que adopte), escribir se vuelve un hábito o un ancla que solíamos tener y, tristemente, hemos perdido. Una disputa por el sentido que abandonamos. Un ejercicio de deserción que acarrea culpa, autoencubrimiento, desilusión. No colaboran: la droga, el FOMO, los ideales inalcanzables. Según parece, es demasiada la hostilidad para no

evadirse. Es demasiado grande el vacío, así que sólo queda llenarlo con lo que quepa dentro de él: ruido, consumos, compañía transitoria, dopamina instantánea.

Una carrera contra la distracción; una carrera contra la alienación; una carrera contra la pantalla (aquella misma que utilizamos para escribir). Una carrera contra la ausencia, aventurando que es necesario estar despiertos para expresar, para involucrarnos. Si las preguntas de la escritura son tan enormes, que ni siquiera caben la vida. Si, para hacernos ciertas preguntas en la escritura, también tenemos que preguntarnos (con el menor miedo que podamos) quiénes somos, de dónde venimos y, más o menos, a dónde vamos.

Y en el minuto ese, remanente, en que olvidamos lo restrictivo y aterrador de un contexto así, elaboramos un suspiro, y nos sentamos y ya. Escribimos. O lo intentamos. Con las últimas neuronas en la mesa, escuchamos más o menos lo que somos, qué pensamos o sentimos, qué nos gusta o en qué cosas hay vitalidad. Nos encontramos con decisiones que ya tomamos en la escritura, alguna vez. Y revisamos esas pulsiones a las que sí hemos hecho caso; a todo aquello que decidimos dejar afuera para contar lo que sí contamos. Intentamos acercarnos, torpemente, a la presencia. Y los planetas (algo) se encuadran.

Aunque a veces se nos olvide, cuando escribimos tomamos aire.